

CIELOS DE TIERRA

CARMEN BOULLOSA

EKLOROS KESTON DE HERNANDO

Un intenso dolor de espalda me ha acompañado en mi silla los últimos días, a pesar del cual he seguido escribiendo tan rápido como mi vejez puede hacer correr la pluma. ¡Nada es el dolor de espalda comparado con el terrible sueño de anoche! Ahora que empezaría yo a platicar aquí cómo fue mi estancia en el mismo Paraíso —pues a nada desearon los frailes asemejar más los primeros y gloriosos años del Colegio de la Santa Cruz en Tlatelolco, que quisieron Paraíso, Tula Tlalocan o Tamoanchan, tierra de la abundancia espiritual, Edén—, ahora que debiera describir de dónde brotaban los chachihuites espirituales, no puedo dejar de anotar aquí el sueño, porque no puedo dejar de pensar en él, es enorme su tormento.

Estaba yo muerto de varios días, tendido en un aposento airoso por el que entraba la mar de luz. Habían puesto sobre mi vientre una pesada losa. Vestía yo mi hopa morada y mi cuerpo de joven muchacho, no la ruina de estos días. Llevaba los cabellos largos. Acababan de mojarme con agua fresca, yo sentía el agua aún escurriendo por mi piel, en la frente, en el pecho, en los pies. Se me acercaba Basatzio, joven también, tanto como cuando yo fui su alumno, y me arengaba en náhuatl, diciéndome que era bueno que yo hubiera muerto, porque así dejaría las penas de este Mundo. Yo quería contestarle, pues no me parecía que hubiese modo de consolarme de haber muerto. Basatzio se quedaba a mi lado, tomándose de la mano. Llegaba Miguel, nuestro maestro, y me decía en cortas palabras más o menos lo mismo. Me tomaba la otra mano. Yo me iba poniendo de muy mal humor, porque, aunque lo estaba, no estaba muerto, y porque el agua se me había enfriado en la hopa y en la piel y tenía yo frío. Sentía que iba a empezar a tiritar en cualquier momento, pero trataba de controlarme, de reprimir la agitación que el frío ponía en mis miembros, sabía que yo estaba muerto (aunque no lo estuviera y pudieran mis ojos ver), y que como buen

muerto debía guardarme inmóvil y compuesto.

Llegaba Fray Bernardino, y objetaba la manera en que me habían arreglado para el velorio:

—¿Qué es esto? ¡La hopa mojada, la piedra en el pecho? ¡Es gracejada?

—Fray Bernardino —le decía Miguel—, ¿cómo usted no recuerda, si es usted nuestra propia memoria? Era así como se hacía en los tiempos antiguos con nuestros señores principales. Se les aderezaba con sus mejores ropas y se les velaba cuatro días. La piedra en el pecho es para que su frialdad retarde la corrupción del cuerpo, y para que su peso impida que la pudrición de la muerte lo hinche. Se le ha mojado para refrescarlo más.

“¡Para refrescarme! —pensaba para mí—, ¡si me están matando de frío!” Pero sólo comentaba para mí, porque no podía hablarles.

—Fray Bernardino, Fray Arnaldo —seguida Miguel—, debemos seguir con la ceremonia. Ahora para acompañarlo en su última morada nos quemaremos hasta hacernos cenizas, como hacían los más próximos de los Señores Principales.

—No lo objeto —decía Sahagún, muy solemne.

—Yo, Fray Arnaldo Basatzio, pido que nos prendan pronto fuego —y mientras hablaba, el fuego aparecía en sus hopas y avanzaba hacia sus carnes, sin que dieran muestra alguna de dolor o desesperación—, que prendan fuego a nuestras ropas y nuestras personas para acompañar a Hernando de Ribas a su última morada.

—Pero me parece —decía en llamas Sahagún— que si él ha sido muerto por la fragilidad de su carne, por desoír que contra la lujuria sólo la castidad...

—¡Ah! ¡Tarde lo has dicho! —le contestaba Basatzio, en llamas.

—¡Tarde!, no había motivo para decirlo, ningún motivo. Es, con respeto a su persona, una patraña— decía Miguel, entre llamas, desvaneciéndose con sus palabras en humo.

Se consumían en un santiamén, y yo sentía remordimiento, pues sabía que no podría acompañarlos, que aunque yo estuviera muerto no estaba muerto, que no habría quién me quitara la piedra del

*Fragmento de la novela del mismo nombre.

pecho para empezar a corromperme, que no había quién me diera sepultura, que ellos se habían ido para acompañarme, pero que idos se irían sin mí, porque no podría yo alcanzarlos a ningún punto: la piedra me tenía atado a este sitio. La piedra se volvía entonces una enorme mujer que apretando mi pecho con su peso traía calor a mi cuerpo, pero no las llamas que yo continuaba esperando para reunirme con ellos, no las llamas ni la muerte: la mujer era una piedra que me sujetaba al cuerpo.

Me desperté, muy alterado. Pasaron por mí los muchachos, me trajeron aquí, y aquí he perdido el tiempo anotando lo que no ocurrió más que en mi sueño, lo que nadie vio, lo que las sombras de la noche dejaron en este corazón viejo, pues la sensación que el sueño dejó en mi frágil cuerpo es más dolorosa que las punzadas de la espalda. ¿Será que en el sueño había más cuerpo mío sobre el cual doler el dolor en él inventando, que sobre lo que aquí resta de mi vieja carne viva?

Llega la tarde. Me he esforzado, un día más, pero este día mi dolor de espalda ha sido vano. Yo no estoy aquí para escribir sueños ni embustes, lo sé. Así anoté desde un principio. ¿Para qué dejarme caer en esta red de tribulaciones imaginarias?

Pero ni con haberlo dejado anotado aquí, deja de tener el sueño el efecto de un golpe sobre mi cuerpo débil y viejo, como si hubiera sido dado en la quijada de un distraído. Ah, es de pólvora, contra mi pecho, el sueño. Es cuchillo, es fuego, es bala, es golpe, no sé que es. Pues si es verdad que no estaba yo



muerto en el sueño y no lo estoy aún en vida (aunque también es cierto que es sólo un hilo delgado lo que me ata a los vivos), la piedra, la mujer, fue verdad un día. ¡Y cuánto llegó a pesar en mi pecho! ¡cuánto llegó a pesar en mí, cuánto, cuánto! Odio acordarme de ello.

Contra la lujuria —leí desde niño en la cartilla en que me enseñaron a leer y a rezar en náhuatl y en latín—, contra la lujuria, castidad. La lujuria es uno de los siete pecados capitales. Los otros: el primero, soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el séptimo Uccidia. Contra estos siete vicios, las siete virtudes: la primera es humildad contra soberbia, la segunda largueza contra avaricia, la tercera castidad contra lujuria, la cuarta paciencia contra ira, la quinta temperanza contra gula, la sexta caridad contra envidia, la séptima diligencia contra pereza. En la cartilla venían después los cinco sentidos corporales: el primero es ver, contra éste es contemplar, el segundo es oír, contra éste es orar, el tercero es gustar, contra éste es abstinencia, el cuarto es oler, contra éste es pensar de qué eres formado, el quinto es tocar, contra éste es obrar buenas obras. Más adelante: los enemigos del ánimo son tres: El primero es mundo, el segundo el diablo, el tercero la carne. Este es el mayor: porque la carne no la podemos echar de nosotros, y al mundo y al diablo sí.

Recuerdo línea a línea de la cartilla de memoria, aunque la haya memorizado en Tezcoco cuando yo tenía otro linaje y mi madre era la mía y yo pertenecía a mi pueblo. Pero la memoria en que la guardé no me regaló castidad contra lujuria... Ah, quitémosme el mal sabor de boca, del sueño y del recuerdo de lo que sucedió. Alcémome los ánimos. Pensemos en algo que me espante a mí muerto, que me quite la piedra de encima, que me regrese a la vida para poder anotar en orden aquí los recuerdos. Por ejemplo, el ejemplo de Francisco de Alegrías, fraile que haciendo buen uso de su nombre, y de la bolsa, *que mejor la llevara que la trujo*,¹ al volver a Sevilla llevara cuatro indias mozas en hábito de muchachos para el servicio de su posada y el de su cámara. Este Francisco de Alegrías se decía de casta de moros y era *celeratísimo y fragicostísimo*.² Huye de mí el nombre de aquel que escapó de la cárcel perpetua ayudado por Pernía, el clérigo tahur, que ahora está de gran señor en Guatemala, dicen, jactándose de ello, que dijo y cometió herejías condenadas, como que dijo que la fornicación no era pecado, como que hizo muerto con sus propias manos al indio que lo acusó ante Zumárraga de haber tomado a su mujer para manceba, y al día siguiente celebró sin absolución ni dispensación, y mató a una india a poder de azotes, y a otra estupro antes de estar madura y mató

por ello, y a la propia hija hizo lo mismo, que el arzobispo con los ojos la vio en su cama, y que luego de haber escapado, haberse ido hasta Sevilla, vino de vuelta a la inquisición. Lobos y falsos profetas, en los que la lujuria era virtud al lado de sus muy grandísimos pecados... ¿Y qué decir del tal Juan Rebollo que siempre tuvo una Rebolla en México y en donde estuviera, quien cometió millar de excesos, o Cristóbal de Torres, por cuyas deshonestidades un marido mató a su mujer a puñaladas, al cual la Audiencia le dio por probado el adulterio con el dicho clérigo? Andaban vicarios y clérigos y frailes, en las noches por las calles a la *caza de ídolos*,³ causando escándalo en todos, pues no se cuidaban de no ser vistos en vías de entrar en casa donde había mujeres públicas.⁴

¿Y yo qué hago soñándome con una losa en el pecho y sufriendo por ver de culpa mía en un sueño las hopas de los frailes en llamas, y, peor aún, qué hago no pudiendo quitarme el malestar del sueño? Quito la piedra y la mujer de mi pecho, que llegada mi muerte no hay qué deba pesarme. Reniego del sueño que tuve, lo evito en mi alma y en mi memoria. ¿Por qué he perdido aquí, alrededor de él tantas horas? Tal vez porque, por mucho que me duela el sueño, me duele menos que acordarme de los años buenos del Colegio. ¡Ay, aquello fue el paraíso terrenal, y se perdió tan pronto...!

No volveré a decir lo que es verdad, que se abrió para nosotros un otro mundo. Sin herir ni llevar espada, sin arrebatar a nadie lo propio ni violentar ni sembrar la muerte, éramos nosotros, los alumnos del Colegio de la Santa Cruz Tlatelolco, los conquistadores indios que viajaban por nuevas tierras.

Ni diré lo que es cierto, que aprendimos Gramática, porque eso no es lo que aquí viene a cuento, que usted, lector, si lo llegar a haber, no sería el maestro que mis lecciones tomase en pasados tiempos, ni sería el alumno a quien yo enseñase lo que los franciscanos regalaron, para que después nosotros los regaláramos a nuestros alumnos, blancos que no indios, porque los indios han sido condenados ya a la ignorancia y a un eterno sometimiento. Aquello que el Contador Rodrigo de Albornoz había pedido al Rey (que era muy necesario hubiera un estudio general de leer Gramática, Artes, Teología, en que se enseñen a los naturales de estas tierras) se cumplía en nosotros, pero en nosotros terminaría. No serían nuestros discípulos los indios que Albornoz soñara, los que Fuenleal pensara. En nosotros educaron a los maestros de los suyos, de los hispanos que aspiraran al hábito francisco.

Fuimos todos alumnos aplicados, aprendimos el trivio y el cuadrivio en un abrir y cerrar de ojos que ojalá hubiera durado toda la vida, en aquel tiempo

que emuló al paraíso. Devoramos los libros de la biblioteca, y los que los frailes tenían en sus *cajuelas*, y algunos otros que Fray Pedro de Gante o Zumárraga nos traían con sus visitas. Y entonces comencé la triste historia que empezaré mañana a contar, haya o no haya mal sueño, que no me debo detener en nada, que sólo mi muerte llegará a interrumpir lo que quiero aquí dejar, si para hacerlo es que he perdido el tiempo en presentarme y presentar a mis padres, en hablar un poco de Cortés y de los suyos, en nombrar a Albornoz, quien fue el primero que soñó con lo que adelante apoyarían Fuenleal, Mendoza y durante un largo tiempo Sahagún. Mañana empezaré esta historia. Hoy ya no me queda sino aguardar dormitando a que vengan los muchachos a recogerme, a llevarme a mí, a la hopa, a mis dos piernas, hacia la estera en que duermo, al lado de la cual me esperan los tamales y el chocolate que me habrán dejado ahí para que coma mientras se acerca la noche y el mendrugo de sueño. Porque es así: aquí dormito, al acercarse la noche, en mi silla incómoda, y en las noches, tirado en la estera, sin escribir ni charlar ni tener con nada ni con nadie siquiera el simulacro de una conversación, el insomnio se ceba en mis viejos huesos. ¿Qué me roe a mí?, me pregunto. ¿Qué es lo que de mí le sabe tan bien, que a mí vuelve noche a noche? Me parece que lo que el insomnio busca, en mi estera y conmigo, es comer lo que en mí va habiendo día a día de muerte.

Slosos keston de Hernando.

NOTAS

¹ En español en el original. N. de Estela.

² En español en el original. N. de E. <

